

El lugar del equívoco: el contexto de las ideas

I Álvaro Carrión Alarcón I

*Si quieres conocer el mundo
empieza por conocer tu aldea*

L. Tolstoi

En el presente trabajo se busca situar dos cuestiones. La primera relativa a la escucha a dos puntas: una forma sui géneris de escucha que se centra en el poder situar las novedades y los problemas que trae consigo una nueva teoría como la psicoanalítica, en un contexto en el que no se gestó y en el que es recibida de una singular manera. Y otra, la que parte del recorte que logra la nueva teoría en el ámbito al que llega, al que enriquece, aportándole una nueva escucha de los problemas a los que se dirige.

La segunda cuestión, que se asienta someramente en un sondeo del lugar al que llega el psicoanálisis y la manera en que esa llegada, sumada a un conjunto de ideas y situaciones históricas presentes antes de su arribo, condiciona la forma de recepción de este.

El epígrafe es sugestivo, como dicho breve y sentencioso que lleva a pensar en una cuestión pertinente a este espacio de reflexión que nos convoca, en la medida en que se espera abrir un panorama de cuestiones que remiten a la búsqueda de elementos que posibiliten entender de qué manera el psicoanálisis fue recibido en nuestro medio, a partir de qué y cómo esta recepción ha marcado, si lo ha hecho, nuestra escucha. Asimismo, el sentido

del epígrafe puede ser trasladado a la vida de cada uno de nosotros, salvando las diferencias, con una posición centrada en el tema del conocimiento de un lugar geográficamente delimitado y, más bien, desde una perspectiva que tome como *leitmotiv* al psicoanálisis y al mundo relacional (el yo y el otro), aun cuando, siguiendo la idea citada en la inscripción bajo el título, la primacía ontológica la tendría el sujeto que busca conocer a un otro, cuestión que va a ser problematizada sistemáticamente por la disciplina desarrollada por Freud, puesto que un sujeto no se constituye como tal sino en la medida en que un otro le brinda las posibilidades para materializar esa constitución, en tanto que la subjetividad es tal si, y solo si, la figura de un otro tiene cabida y posee una presencia. Recordemos:

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (Freud, 1979, p. 67)

El problema del otro y la relación con la cultura se propone siempre como un asunto que ha llevado a buscar respuestas dentro de un determinado dominio y espacio histórico, en tanto ámbito cultural definido que nos dirige a formular el problema que buscamos exponer a continuación: el de la recepción del psicoanálisis en el Ecuador, en la perspectiva de entender una determinada manera de escuchar, fundada en la apropiación de un «campo de inmanencia» (Deleuze y Guattari, 2008) centrado en las formas que adquiere el conocimiento de un discurso como el psicoanalítico, recusando las maneras en las que se puede entender, retóricamente, una forma de ubicar, desde fuera de ese campo disciplinar, un orden referencial. Estas son dos cuestiones que van a tener trascendencia en la exposición de uno de los temas al que apunta este trabajo: en primer lugar, un orden alusivo a..., del que se parte para situar a autores o a una determinada disciplina. En

segundo lugar, un régimen de cuestiones que parten de la arquitectura de un determinado discurso, al dar cuenta desde sus propios presupuestos de la estructura de conceptos que constituyen un orden teórico, sin quedar, ni por asomo, presos de afanes teoreticistas.

Primera cuestión

*Lo que dice no dice
lo que dice: ¿cómo se dice
lo que no dice?
Di
Tal vez es bestial la vestal
[...]
Inocencia y no ciencia:
para hablar aprende a callar
Paz (2014)*

Una primera interrogante es la de la escucha de lo nuevo que trae la teoría psicoanalítica, que genera inéditos problemas en diversos campos disciplinares, en un orden que abarca el que, desde un lugar concreto, zona geográfica o país, se incorpore la novedad de las ideas y estas pasen a disponerse de un particular modo. Si la urdimbre de ideas suscita inquietudes que lleven a las personas inmersas en un ámbito geográfico a interesarse en ellas y a entrar en un proceso de apropiación de las premisas que permita que estas sean asimiladas, será forzoso que sean situadas en fuentes documentales asentadas en la historiografía que, de modo semejante, den cuenta de los momentos en que han aparecido referencias que vinculen el discurso psicoanalítico con una incipiente apropiación de aquel. Esta cuestión supone una posición, de las personas que viven en un lugar, de apertura a lo nuevo de un campo disciplinar como el psicoanalítico para, en un segundo momento, hacer uso del marco referencial al tiempo que operan mediante aquel. Este proceso lleva implícito poder escuchar un nuevo orden de pro-

blemas e incidir en ellos. Pero ¿a qué llamamos la escucha del conjunto de conceptos del psicoanálisis?, en primer lugar; y luego, ¿qué especificidad tiene aquello que llamamos escucha psicoanalítica?

El término *escucha* apunta a *entendimiento*. Escuchar es dar oídos, prestar atención, aplicar el oído. Su etimología viene del latín *auscultare*, y *auscultar* en castellano sugiere sondear el pensamiento de otras personas, el estado de un negocio o la disposición ajena frente a un asunto; sin descartar la referencia al campo médico, en el que se presta oídos a los sonidos de la cavidad del pecho y del abdomen cuando se recurre al examen de una persona en base a la palpación (Real Academia Española, 2022). Este auscultar, que tiene una etimología que hace propia la voz *escuchar*, invoca al vocablo *entender*. *Oír*, en este sentido, es un verbo ligado al órgano auditivo, y escuchar, al estatuto que tiene lo oído dentro de un sistema simbólico de signos. Asimismo, se genera una tensión, como refiere Nancy (2007), entre algo que se oye (sensación producida en el órgano oído por el movimiento vibratorio de los cuerpos) y un sentido, por un lado, y por otro, entre algo que tiene sentido (¿un conjunto de fonemas, una señal, un signo?) y una verdad, en la medida en que se liga sentido a conocimiento. Mas estos términos tienen una significación especial en el campo del psicoanálisis. El repliegue del analista, emplazado en un determinado dispositivo, en función de una posición de atención flotante (¿escucha-atención-flotante?), en una disposición de abstinencia, da un original carácter al procedimiento metodológico, por una parte. Por otra, ¿qué busca el psicoanalista cuando está atento de manera-parejamente-flotante? ¿Qué nuevo sentido les otorga al sueño, a la religión, al arte y a la moral? ¿Qué lugar les da al síntoma y a las maneras en las que se expresan los malestares y el dolor psíquico? ¿Es la cultura la que entra en escena y se articula con el lenguaje, dado que el lenguaje mismo es un producto cultural, para mostrar un problema que no desliga al ser humano de su ámbito más inmediato y del conjunto de la humanidad? ¿Es una suerte de semántica del deseo la que entra a jugarse? ¿El disimulo del deseo y el juego del doble

sentido dan un lugar al psicoanálisis? ¿Es el problema de la interpretación de la palabra el que le otorga un peculiar lugar al psicoanálisis, sujetándolo al campo del lenguaje? Sin embargo, retornando a un problema planteado, ¿qué hay de la escucha de lo que propone el psicoanálisis en un ámbito en el que esta disciplina tiene un lugar de extranjería? Digamos que tanto en la escucha de lo que propone el psicoanálisis como en la escucha psicoanalítica hay una condición necesaria pero no suficiente: la apertura a lo otro y al otro. Es una condición necesaria pero no suficiente porque requiere de algo diverso, por medio de una exploración que espera encontrar el objeto que la anima. Escudriñamos algo porque hay una inquietud que nos asiste y que, en el plano epistémico, es una verdad que aquietta la inquietud. Mas sin inquietud no hay aquietamiento, como sin deseo no hay satisfacción. En este sentido, Ortega y Gasset (1983) nos refiere un ejemplo interesante, a manera de alegoría: «decimos que hemos encontrado la llave cuando hemos hallado un preciso objeto que nos sirve para abrir un armario cuya apertura nos es menester» (p. 16). No obstante, la astucia de la razón nos puede jugar malas pasadas.

Si trabajamos con los relatos de aquellos que nos consultan, ¿a qué de esos relatos apuntamos en nuestra práctica? ¿Nos escuchamos escuchando a quien prestamos oídos?, ¿esa escucha nos remite a la escena transferencial-contratransferencial? ¿La escucha a la que nos referimos nos excluye como sujetos, para volcarnos al en-sí de aquello que dice un otro? ¿Lo que escuchamos nos involucra de tal manera que tenemos que trabajar en poner límites a aquello que es nuestro versus aquello que es de un otro? ¿Le damos lugar en nuestra escucha a lo que percibimos de manera sensible mediante la vista, el oído, el tacto, el olfato? ¿Adscribimos a la escucha lo que pasa por nuestra mente en el aquí y ahora de la sesión? ¿Escuchamos lo que es ajeno a nuestra capacidad de representación o aquello que resuena como familiar a nosotros mismos? ¿Qué hay de nuestros pre-juicios, nuestra historia personal, nuestra ideología, nuestra formación disciplinar, nuestra adhesión a una determinada clase social, o

a una determinada ideología, a un momento histórico determinado, a un género específico, a nuestra filiación institucional, a nuestros conflictos, cuando escuchamos psicoanalíticamente? ¿O escuchamos desde un no-lugar? ¿Optar por un lugar de analistas u ocupar el lugar de analistas significa disociar el ámbito de la persona del analista y todo su bagaje personal? En definitiva, ¿desde dónde escuchamos como analistas cuando objetamos ubicarnos en un lugar ideal?

Los límites del psicoanálisis, en definitiva, son los límites de quien lo ejerce, en el espacio de la clínica, y no solo en la consideración que hace al conocimiento de la disciplina, al análisis personal y a las supervisiones, sino a la manera en que la propia formación nos toca, nos atañe, nos concierne y nos incumbe, valga la redundancia. En este sentido, el psicoanalista no es un militante que busca imponer una forma de mirar o de entender, sino un sujeto excéntrico a cualquier emplazamiento que genere una clausura. No es el que afirma de manera concluyente, sino el que se pregunta, desde su des-centramiento, por qué un sujeto se halla sujeto a un deseo que lo hace padecer o a una imagen de sí y del mundo que no admite otra.

Pensar en estas cuestiones nos lleva a sembrar de problemas el campo en el que buscamos situarnos como psicoanalistas. Mas el discurso psicoanalítico se dirige a aquellos que no son necesariamente analistas y tampoco analizados, así como aquel discurso tiene un lugar en la cultura y es parte comprometida en el debate sobre el lenguaje (Ricoeur, 1978).

Segunda cuestión

*¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre
antes de que lo llaméis hombre?
¿Y cuántos mares debe surcar una blanca paloma
antes de dormir sobre la arena?*

B. Dylan (1962)

¿Es lo dicho algo presente en la recepción del psicoanálisis en el Ecuador? Dejemos estas menciones en una suerte de suspensión del juicio y miremos un horizonte de formas de representar el mundo que propicia o dificulta la presencia del psicoanálisis en el ámbito ecuatoriano. Es en esta perspectiva que las ideas son acogidas en un contexto determinado, a partir del cual son recibidas o rechazadas, apropiadas, implantadas y re-apropiadas, modificando al ámbito al que llegan, a la vez que son modificadas en función de ese determinado entorno (Plotkin, 2003).

La mirada histórica, o mejor dicho historiográfica, a documentos y al legado de escritos, al hablar de psicoanálisis, nos lleva a comprender las formas en las que determinadas ideas fueron admitidas en nuestro contexto. No podemos olvidar que partimos de un *ahora*, de un momento en el que el psicoanálisis nos ha permeado de diversas maneras. Es desde esta coyuntura que miramos un recorrido. Hay que advertir, además, que el hecho de volver nuestra mirada al pasado nos hace buscar ciertas orientaciones metodológicas que deben estar presentes para situar la memoria, la historia y el olvido.

Dirigir nuestra mirada a la forma en la que se ha insertado el psicoanálisis en el medio ecuatoriano es al mismo tiempo considerar, o buscar hacerlo, las condiciones que lo posibilitan en un horizonte de ideas más amplio que el que tiene que ver con aquella disciplina, ya que se hace necesario examinar el contexto de ideas en el que se despliega este particular discurso.

La primera cuestión que surge para indagar en el conocimiento de la nueva disciplina es: ¿por qué razón las ideas del psicoanálisis no fueron recibidas dentro de la órbita de la psiquiatría o de áreas médicas afines,

ligadas a la terapéutica a inicios del siglo xx, y sí, más bien, en los ámbitos del arte y la literatura?

Con respecto a este tema y sin ser concluyentes en nuestra apreciación, es considerable el peso que ha tenido el pensamiento positivista en nuestro medio, el mismo que ha puesto coto a consideraciones que escapaban a los cánones de lo verificable como aspecto ideal de la construcción de cualquier tipo de saber en el ámbito médico. Los debates entre ciencia y filosofía para establecer qué tipo de saber es el que debe ser considerado válido fueron en todos los ámbitos un tema que estuvo en la palestra de las comunidades científicas de los países centrales a inicios del siglo xx. Mas en Ecuador, el peso de la balanza estuvo desde el primer momento del lado de un positivismo que aparece de la mano de connotados psiquiatras, quienes plantearon ciertos problemas relativos a la disciplina que los orientaba, tomando como modelo e impulso de sus consideraciones al pensamiento de José Ingenieros, psiquiatra como ellos (Guerra Bravo, s.f.). En esta vertiente, las noticias a las que tuvieron acceso con respecto al psicoanálisis fueron ciertamente referenciales, señalaban su vínculo con las artes como ámbito al que adscribían esos desarrollos, más que a un campo que podía otorgar un estatuto diferente a la patología en la esfera mental. Digamos que el psicoanálisis quedó adscrito a la ficción, en ese campo lo colocó un saber médico cuyo sostén fue un positivismo a ultranza. En esa tónica, se delimitaba con relativa claridad a qué firmamento correspondía qué en el ámbito de la distribución de tareas de cada disciplina. Recordemos que el positivismo es un pensamiento que tiene un auge importante en el siglo xix, para decaer luego de la Primera Guerra Mundial. El pensamiento positivista estuvo detrás de los avances en la medicina, de los aspectos generadores de la producción en la revolución industrial y, rebosante de un enérgico optimismo, propone que los hechos empíricos son la única base del conocimiento, a la par que considera que la ciencia apunta a un desarrollo infinito y omnicomprendivo que se propone como una concepción laica que, por ende, rompe con visiones confesionales. Cabe señalar que lo

que se considera ciencia, conocimiento, criterios de validez y qué corresponde a qué disciplina es definido por ese ámbito de pensamiento. Con lo que se cierra a la diferencia en el plano del conocimiento.

Un pensamiento modernista, con características universalistas, tiene una incontrovertible presencia, vinculado con las ideas positivistas y una apertura hacia el mundo de las nuevas ideas entre la primera y segunda décadas del siglo xx. Es un momento en el que el psicoanálisis llega, gracias a la traducción de las obras de Freud de Luis López Ballesteros y de Torres. Despierta un considerable interés en algunos literatos, que buscan ensayar nuevas formas de expresión de su literatura para tener una voz propia o dar cuerpo a los personajes de obras ligadas al arte escénico.

El gran y complicado abanico de ideas, ligadas a un momento particularmente complejo de la vida política nacional y que se expresa en movilizaciones de masas que se manifiestan en búsqueda de reivindicaciones de diversa índole, tiene como telón de fondo las que nacen de la agitación y el bullir de movimientos revolucionarios contemporáneos a los procesos que se viven en los países centrales. Las ideas socialistas traen consigo una profunda crítica al pensamiento liberal, que en la órbita vernácula ha pasado de la agitación, las montoneras y la guerra civil, proponiendo una legislación, en lo social, de avanzada, a aliarse a grupos económicos de importancia que constituyen un poder que frena los avances logrados. Estos grupos aparecen enfrentados a poderes fácticos de consideración como la Iglesia y una incipiente corriente socialista que se afianza en varios grupos de intelectuales. A lo largo del siglo xx, las afinidades fascistas, nacional-falangistas, nacionalsocialistas chocarán sistemáticamente con liberales y socialistas, a la vez que se verán absorbidas por movimientos de masas ligados al surgimiento de los populismos que arrasan en las urnas y se sostienen poco tiempo en el poder. Pero en lo que nos interesa, aparece una forma estética nueva, que va a restringir y deslegitimar a las grandes y refinadas producciones poéticas y a la narrativa que nace del modernismo, cerrándose a un pensamiento universalista, a la vez que dejando, de paso,

fuera del debate intelectual a las aproximaciones al psicoanálisis. Hay que reconocer, sin embargo, que literatos inquietos y ligados a las ideas socialistas acogieron el pensamiento de Freud, sin diferenciarlo de disidentes como Jung y Adler, con una lectura que incorpora las ideas de Wilhelm Reich y la Sexpol. En esa suerte de acercamiento a Freud y a psicoanalistas que dejaron de serlo para desarrollar otros modelos de reflexión sobre lo psíquico, hay mucho que decir y mucho por debatir. Asimismo, es un acercamiento desde el arte, que acoge algunas ideas, lo que hace que la lectura del psicoanálisis sea un acercamiento fragmentario. Mucho de diletantismo en la aproximación, a lo que se pueden añadir las dificultades de la traducción, en especial del pensamiento de Freud, que hace de su obra una teoría instintivista. Este último punto va de la mano de la ausencia de un trabajo sistemático y ligado a una crítica del lenguaje que acoja la especial consideración que hace el maestro vienes de términos como *sexualidad*.

En lo posterior, en momentos más próximos en el tiempo, el acercamiento a las ideas del psicoanálisis se desarrolló gracias a la presencia en nuestro medio de personas que salieron del país a formarse y a su regreso iniciaron proyectos de difusión y estudio. Mas el país ya no era el mismo, el desarrollo económico había transformado las posibilidades de este para ubicarse en una multitud de relaciones culturales y económicas en el concierto mundial.

En el ámbito quiteño, fue fundamental la presencia del doctor Allan Castelnuovo, quien residió en la ciudad de Quito desde finales de los años setenta hasta su deceso al terminar la década de los noventa. Allan Castelnuovo fue un analista de la Asociación Psicoanalítica Argentina, quien reconocía su interés por el pensamiento de José Bleger, su maestro. Su trabajo de investigación en el Ecuador se dirigió al ámbito institucional y a la reflexión sobre los problemas antropológicos en un contexto tan diverso como el ecuatoriano. Hombre inquieto y volcado al estudio del psicoanálisis y a la formación de futuros psicoanalistas, impulsó la crea-

ción de grupos de estudio y la constitución de un espacio institucional: la Fundación Agustín Cueva Tamariz, en la que un grupo de psiquiatras y de psicólogos recibieron una rigurosa formación teórico-técnica, fomentando el análisis personal, las supervisiones y los seminarios teóricos. Así, en los años setenta y ochenta, invitados por el doctor Castelnuovo llegaron al país, en fructíferas visitas: Blanca Montevechio, Antonio Barrutia, Jorge Aragonés, Gela Rosenthal, Domingo Grande. Todos ellos merecerían un reconocimiento particular, mas en este instante quisiera resaltar la presencia de la doctora Blanca Montevechio, quien no solo impartió seminarios, realizó supervisiones, dirigió grupos de reflexión y sembró un espíritu de investigación y rigor en el abordaje de la clínica, sino que permitió que muchos futuros psicoanalistas contaran con las condiciones necesarias para consolidar sus procesos formativos.

Un universo de autores argentinos junto a Jean Laplanche y a las ideas de la llamada psiquiatría dinámica, para fundamentar una práctica clínica bien informada y sostenida en ejes metodológicos y técnicos claros, que tenía como centro el análisis personal de los analistas en formación. En ese camino, el vínculo con el Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP) en la primera década del 2000 y el esfuerzo de los diferentes grupos que trabajan temas de índole psicoanalítica en nuestro medio han seguido un camino progresivo. Sin embargo, cabe resaltar que el Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis ha posibilitado una formación consistente, organizada, y un puente con profesionales y grupos de toda América Latina vinculados, a su vez, con la Asociación Psicoanalítica Internacional, como ente rector.

Más allá de las diferencias en cuanto a las consideraciones teóricas y al nexo con formas metodológico-técnicas de abordar la clínica, queda abierto un espacio de investigación y trabajo que irá dando sus frutos en la formación de nuevos miembros en el grupo de analistas que se sumen a las tareas formativas, marcando un camino de desarrollo del pensamiento y de aporte al psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- Deleuze, G., y Guattari, F. (2008). *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.
- Dylan, B. (1962). *Blowing in the wind*. En *The Freewheelin' Bob Dylan* [CD]. Nueva York: Columbia Studios.
- Freud, S. (1979). *Más allá del principio del placer*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerra Bravo, S. (s. f.). *El pensamiento positivista ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Nancy, J.-L. (2007). *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ortega y Gasset, J. (1983). *Obras completas: T. xii. Unas lecciones de metafísica*. Madrid: Alianza–Revista de Occidente.
- Paz, O. (2014). *Lo mejor de Octavio Paz*. Barcelona: Seix Barral.
- Plotkin, M. B. (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Real Academia Española. (2022) *Diccionario de la lengua española* (ed. Tricentenario). Madrid.
- Ricoeur, P. (1978). *Freud: Una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.